

INTEGRACION ECONOMICA Y EVOLUCION DE LAS DISPARIDADES REGIONALES

Juan R. Cuadrado Roura y **Luis Suárez-Villa** plantean en este artículo las relaciones entre la evolución de las diferencias interregionales y los efectos de los procesos de integración económica. Los principales paradigmas disponibles parten de unos presupuestos muy simplificadores y bastante inadecuados ya para explicar la realidad. El análisis de los casos de la Comunidad Europea y de Estados Unidos permite subrayar algunas características de la evolución de las disparidades regionales en el pasado y su comportamiento reciente. Los autores mantienen la tesis de que las tradicionales relaciones entre unas áreas ricas y dinámicas y otras más pobres y dependientes se están invirtiendo o, al menos en dicho contexto, experimentan un claro cambio de dirección.

Las características de este proceso de «inversión» regional y su capacidad para influir en la reducción de las diferencias interregionales se estudian en la sección final del artículo. Todo ello se pone en relación con los procesos a nivel micro, donde la innovación (tecnológica, organizativa e institucional) juega un papel central permitiendo que las regiones menos desarrolladas puedan tratar de superar la rígida, o a veces estática, división espacial del trabajo que existía en el interior de los distintos países.

INTRODUCCION (*)

LOS procesos de integración económica de carácter supranacional serán forzosamente una de las causas más importantes de transformación y cambio regional en la década de los noventa. El avance de la Comunidad Europea hacia la eliminación real de las fronteras constituye una medida sin precedentes, que habría sido inimaginable hace apenas treinta años. Los países de Europa Oriental han empezado a abrirse a la economía mundial y aspiran a inte-

grarse algún día en una nueva Europa, mientras las antiguas repúblicas soviéticas pugnan por articular su propia unión económica y comercial. En América del Norte, Estados Unidos, Canadá y México están a punto de concluir un acuerdo comercial que podría integrar sus economías de forma mucho más trascendente que nunca (1).

Estos cambios abrirán necesariamente las economías regionales a muchas nuevas influencias sociales, económicas y políticas, generando una fuerte competen-

cia entre los centros mundiales del poder económico, la tecnología y el comercio. Pero esto está ocurriendo y se desarrollará en una fase en la que en las economías más avanzadas de Europa y América del Norte se registran procesos de sustitución sectorial y de cambio regional muy importantes. Muchas actividades tradicionales, tanto de carácter manufacturero como de servicios, han experimentado ya notables caídas, ocasionando trastornos de importancia en muchas regiones; al mismo tiempo, nuevas tecnologías y servicios impulsan el ascenso de nuevos sectores y ocupaciones. En países como Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Italia y España, algunos de los principales y más tradicionales centros regionales de poder económico han perdido peso o están siendo suplantados —al menos en parte— por algunas zonas periféricas, con nuevas actividades y sectores propios (2).

La dinámica de la integración económica y los procesos de cambio de posición y de dirección del desarrollo regional que se están operando en las economías de Europa y América del Norte presagian variaciones sustanciales en las disparidades interregionales de ambos continentes. Nuevos flujos migratorios y de inversión pueden transformar los papeles de algunas regiones periféricas a escala continental, alterando radicalmente la dirección de las transferencias de recursos. En algunos casos, quizá persistan las tradicionales tendencias de las disparidades interregionales, propiciando incluso que se produzcan mayores desigualdades y que se refuercen las áreas y/o centros tradicionales de poder económico y político que ya existían. Lo que parece seguro

es que los procesos de integración económica pueden introducir un notable grado de incertidumbre en la futura dinámica de las disparidades interregionales, permitiendo que algunas regiones progresen sensiblemente, al tiempo que otras experimentan muchas mayores dificultades que en el pasado.

Este artículo intentará ofrecer una visión de conjunto de lo que ha sido la evolución de las disparidades regionales en Europa y en Estados Unidos durante las últimas décadas, considerando asimismo los posibles cambios que pueden derivarse de la integración económica a lo largo de los años noventa e incluso más adelante. La evolución que registran las disparidades interregionales se situará en perspectiva, teniendo en cuenta los principales paradigmas disponibles para explicar los procesos de transformación regional. A continuación, se analizarán y comentarán los casos europeo (eurocomunitario) y estadounidense, prestando particular atención a las causas explicativas de los resultados y tendencias que se observan hasta fechas recientes. Por último estudiaremos el potencial que encierra el «cambio de dirección» regional para reducir las disparidades interregionales —lo que constituye la tesis central de este artículo—, particularmente a medida que se desarrolle la integración económica. Para ello, se examinarán las características de los procesos de «inversión» regional— es decir, de cambio de dirección en las tendencias regionales— y sus efectos sobre la reducción progresiva de las disparidades, haciendo especial hincapié en el papel de la innovación.

EL DEBATE SOBRE LAS DISPARIDADES REGIONALES: DILEMAS TEORICOS

A lo largo del tiempo, el debate sobre la evolución de las disparidades económicas interregionales se ha centrado —fundamentalmente— en los efectos del mercado sobre la concentración espacial, social y sectorial de la riqueza y el poder. Los seguidores de los preceptos y planteamientos neoclásicos han supuesto siempre que el libre movimiento de los factores promovería la convergencia interregional. En su opinión, las rentas, los rendimientos de los factores y otros indicadores del progreso socioeconómico deben tender forzosamente a igualarse si se permite que las fuerzas del mercado actúen sin trabas. Implícitamente, este punto de vista supone también que se admite una división regional del trabajo muy fluida, que no se ve entorpecida por factores culturales o políticos, ni por diferencias en el acceso a los conocimientos y la información.

Desde la óptica neoclásica, la persistencia de disparidades regionales sería debida, casi exclusivamente, a las imperfecciones que existan en los mercados de factores y a los retardos temporales inherentes al proceso de desarrollo. En este modelo, los factores culturales, de comportamiento, institucionales y políticos se subordinan a los imperativos económicos. El rendimiento máximo de los factores constituye el objetivo clave para esta escuela. Las cuestiones relativas a la soberanía territorial o nacional se consideran marginales, al menos en el terreno económico; o, si se toman en cuenta, se catalogan bajo la amplia rúbrica de las «imperfecciones del mercado». En general, puede afirmarse

que esta escuela ha tenido una gran influencia en la teoría del comercio internacional, aunque al mismo tiempo ha ignorado las dimensiones regionales de los mercados nacionales.

Una segunda escuela, esencialmente discrepante del modelo neoclásico, centró la explicación de la evolución de las disparidades económicas entre regiones en algunos procesos incontrolados del mercado. Desde esta óptica, los mecanismos del mercado tienden, por su misma naturaleza, a concentrar la riqueza y el poder. La concentración espacial, sectorial y sociopolítica que tales procesos inducen es lo que origina todos o casi todos los problemas de justicia social y económica que son, o deberían ser, el fundamento de las acciones gubernamentales. Las economías de aglomeración, las externalidades y, dentro de los sectores, las economías de escala y de alcance, no hacen sino reforzar la concentración de la producción y la riqueza en algunas áreas, en perjuicio de las zonas y regiones más atrasadas. De forma análoga, se supone también que los mercados de trabajo, sensibles a los diferentes niveles de cualificación y a otras limitaciones del capital humano, están muy sesgados en contra de segmentos amplios de la población, y, en particular, en contra de las zonas más pobres. En esta línea, y para explicar los fenómenos que precipitan o acrecientan las disparidades interregionales, los partidarios de estas ideas han recurrido a algunos conceptos muy conocidos, como el de los procesos de causación circular y acumulativa o la tesis sobre la dinámica de los polos de crecimiento.

Esta visión de la polarización entre regiones avanzadas y regiones en desarrollo, entre ricas

y pobres, y entre las distintas clases sociales o grupos de renta, da por sentado que una división funcional del trabajo bastante rígida forma parte, y es un elemento imprescindible, de los procesos de mercado, o, si se quiere, del desarrollo capitalista. En estas condiciones, la división espacial del trabajo impide efectivamente que las regiones atrasadas puedan disponer de los factores cualitativos necesarios para poder superar su situación de desventaja. Las principales ciudades se hacen cada vez mayores y las regiones avanzadas cada vez más ricas, a medida que absorben los recursos (materias primas, capital humano, asignaciones fiscales) de las regiones más pobres. El desarrollo y utilización de los conocimientos, del capital humano, de las redes de comunicaciones avanzadas y de la tecnología productiva están severamente restringidos por una división del trabajo que favorece al núcleo central frente a las periferias, a los ya ricos frente a los pobres, a los políticamente fuertes frente a los débiles, y a las grandes organizaciones o corporaciones multinacionales frente a las empresas más pequeñas de carácter local.

Pero los supuestos y preceptos de esta escuela son, en muchos aspectos, tan simplistas como los de la primera. Se subestima gravemente la capacidad potencial de algunas zonas atrasadas para sustraerse a esa supuesta división del trabajo gracias a las ventajas que pueden suponer unos costes de producción más bajos (en comparación con los de las regiones avanzadas) y a los apoyos que proporcionen las inversiones en infraestructuras. Además, los recursos endógenos de ciertas regiones, cuidadosamente fomentados y apoyados, pueden ser

también muy importantes para lograr impulsar el desarrollo de dichas zonas. Al mismo tiempo, los hechos han mostrado que una concentración selectiva en el abastecimiento a determinados mercados, a través de las exportaciones, permitió a algunas regiones atrasadas escapar de una división del trabajo bastante rígida o estática a escala nacional, situándolas en el contexto de una división del trabajo a escala mundial mucho más amplia y fluida, donde sus productos y recursos pueden ser más competitivos que los de las regiones centrales (*core regions*) a las que antes se supeditaban (3).

El traspaso de la hegemonía de las zonas avanzadas o nucleares a otras regiones que antes eran periféricas constituye, precisamente, el fenómeno espacial más importante de finales del siglo xx. El *giro o cambio de dirección regional* (en términos anglosajones: «*regional inversion*») se ha hecho realidad en varios países avanzados, dando lugar al desarrollo de nuevas tecnologías y de nuevas influencias políticas y económicas en zonas que hace sólo un par de décadas casi nadie habría considerado como buenas candidatas al desarrollo. Las disparidades entre esas regiones y las zonas avanzadas de sus respectivos países se han reducido en casi todos los casos, a despecho de la mayoría de los pronósticos anteriores. Las desventajas con que se han debido enfrentar algunas de las zonas más avanzadas han contribuido, sin duda, a que este *giro* se produzca, generalmente por las diseconomías de aglomeración de las metrópolis excesivamente grandes, así como por su baja calidad medioambiental, su estructura sectorial y sus infraestructuras en declive. Pero la pujanza de algunas regiones que

antes se consideraban periféricas, o casi, y sus perspectivas de aventajar a las zonas tradicionales del centro, son asimismo innegables, y deben tomarse en consideración en un contexto de transformación de la división regional del trabajo (4).

En estas circunstancias, predecir los efectos de la integración económica supranacional sobre las disparidades interregionales constituye una tarea bastante difícil e incierta. Ninguna de las teorías disponibles sobre el desarrollo y las desigualdades brinda orientaciones claras para poder evaluar la dinámica que se pondrá en marcha gracias a un proceso rápido de integración. Las teorías existentes, sus paradigmas y sus previsiones ofrecen, a lo sumo, panoramas claramente contradictorios. No está claro, por ejemplo, si la supresión de los aranceles puede o debe traducirse en una mayor concentración económica en las regiones avanzadas (o nucleares) de algunos países, o si las mayores facilidades para los movimientos del capital y de la mano de obra beneficiarán más a la periferia. También es difícil predecir qué países resultarán relativamente los más favorecidos por la integración, y qué regiones pueden ser o serán a largo plazo las principales beneficiarias de dicho proceso dentro de cada país. Basar las previsiones a largo plazo en el supuesto de que las economías de aglomeración van a seguir favoreciendo a las regiones actualmente más avanzadas frente a las que hasta ahora podían considerarse como periferia, o en que la hegemonía seguirá estando en las anteriores concentraciones espaciales de poder político y económico, parece incluso bastante arriesgado, aunque los cambios nunca sean bruscos (5).

Igualmente incierto, desde la óptica de los paradigmas existentes, es si el mayor acceso a los mercados supranacionales que proporcionará la integración será especialmente beneficioso para las regiones periféricas de algunos países como consecuencia de sus costes más bajos. Es muy posible que, en algunos casos, las ventajas de una mayor concentración de la producción en las regiones avanzadas, que antes estaban limitadas por el tamaño de sus propios mercados nacionales, pesen más que las ventajas de los bajos costes que generalmente ofrecen las zonas periféricas.

Por otra parte, es difícil prever también los efectos diferenciales que puede generar el desarrollo de las infraestructuras en muchas regiones periféricas; sobre todo si estas últimas están mejor enlazadas con las redes supranacionales, muy dominadas por los países avanzados. Y cabe, asimismo, pensar que, a medida que progresa la integración supranacional, muchas exportaciones dejarán realmente de serlo y la protección del mercado interior

desaparecerá, dificultando quizá que sus regiones periféricas escapen a la dinámica de concentración interior, como antes habían podido hacer en algunas producciones. Está claro, en definitiva, que las deficiencias de los paradigmas existentes, con sus simplificaciones y presunciones heroicas, unidas a la propia complejidad de los procesos de integración y sus efectos, proporcionan una base muy difícil para analizar una dinámica regional sometida a rápidos cambios. Tal vez una visión general de cómo han variado en el pasado las diferencias interregionales permita hacerse alguna idea al respecto.

LA EVOLUCION DE LAS DIFERENCIAS REGIONALES

Las disparidades que se observan entre los países de la Comunidad Europea son significativamente mayores que las que existen entre los estados que integran los Estados Unidos de América. En términos del PIB por habitante (medido en ecus, y con paridad de poder de compra), la

máxima diferencia relativa entre países de la CE fue de aproximadamente 2,4 veces en 1990, mientras que en Estados Unidos la diferencia entre estados fue de 1,4 veces. Medido por un índice basado en el promedio de la CE en 1990 (100), el PIB por habitante de Grecia fue equivalente a 53 y el de Portugal a 55,4, mientras que los de Luxemburgo y Alemania Occidental (excluida la antigua RDA) fueron 128,7 y 113,4, respectivamente (cuadro número 1). Los diferenciales nacionales entre los países con niveles más bajos (Grecia, Portugal, Irlanda) y los que alcanzan los más altos (Luxemburgo, Alemania Occidental) fueron, pues, muy significativos, y plantean un serio reto a la nueva Europa que actualmente se quiere construir.

Las disparidades que existen entre las regiones de la Comunidad Europea son mayores que las que hay entre sus países. Considerando los valores medios del PIB por habitante para las 171 regiones de la CE en el trienio 1986-1988, el diferencial interregional entre el valor más alto y el más bajo es de 4,6. En 1988, el

CUADRO N.º 1

PRODUCTO INTERIOR BRUTO POR HABITANTE EN LA COMUNIDAD EUROPEA, 1980-1990 (*)

<i>P a i s</i>	1980	1982	1984	1986	1988	1990
Alemania Occidental	113,8	112,7	114,4	114,4	113,2	113,4
Bélgica	104,5	104,0	102,9	101,1	101,2	103,0
Dinamarca	109,0	111,0	114,8	118,0	109,5	107,2
España	73,4	72,7	72,1	72,2	74,8	76,3
Francia	111,9	114,4	111,8	110,0	108,7	108,6
Grecia	58,2	57,4	56,5	56,0	54,4	53,0
Irlanda	64,5	66,3	65,7	63,4	64,6	67,3
Italia	102,5	103,2	103,2	104,0	104,8	105,2
Luxemburgo	115,6	116,3	122,6	126,3	127,4	128,7
Países Bajos	111,0	107,0	107,3	106,4	103,2	103,1
Reino Unido	101,1	100,8	102,7	104,2	105,7	103,7

(*) Todos los valores en ecus, paridad de poder de compra (promedio CE = 100 en el año correspondiente).

Fuente: Elaborado con datos de la Comisión de la CE (D.G.II y XVI).

CUADRO N.º 2

EVOLUCION DE LAS DISPARIDADES REGIONALES Y NACIONALES DE RENTA POR HABITANTE EN LA CE, 1960-1988

A ñ o	DISPARIDADES EN TERMINOS DE RENTA POR HABITANTE (*)	
	Regionales	Entre los países comunitarios
1960	46,5	32,4
1965	45,2	32,1
1970	43,5	31,8
1975	39,9	31,7
1977	43,6	36,0
1979	41,1	33,0
1980	37,1	27,1
1981	34,7	25,5
1982	34,8	25,4
1983	36,0	26,0
1984	35,2	25,0
1985	36,1	24,9
1987	38,0	27,5
1988	36,0	24,3

(*) Desviación típica ponderada, en porcentaje del promedio. La desviación típica ponderada = $\sqrt{\sum (X_i - \bar{X})^2 \cdot W_i} / \sum W_i$; donde \bar{X} y X_i son el promedio de la CE y el PIB por habitante regional o nacional (promedio de la CE = 100), respectivamente, y W_i y W son el PIB regional o nacional (paridad de poder de compra), respectivamente.

Fuente: Elaboración propia. Netherlands Economics Institute, bases de datos.

PIB medio por habitante de las diez regiones más ricas de la Comunidad fue más de tres veces superior al de las diez regiones más pobres. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, las tendencias convergentes registradas entre 1960 y 1988, tanto en el caso de los países como en el de las regiones de la CE, son congruentes, aunque las diferencias son significativamente mayores entre regiones (6) (gráfico 1 y cuadro n.º 2).

Desde finales de los años cincuenta y durante toda la década de los sesenta, las regiones de la CE registraron una tendencia claramente convergente del PIB por habitante, así como del PIB por persona empleada. Más de la mitad de esa tendencia se explica por los resultados de las economías nacionales, que impulsaron el crecimiento regional, y el resto

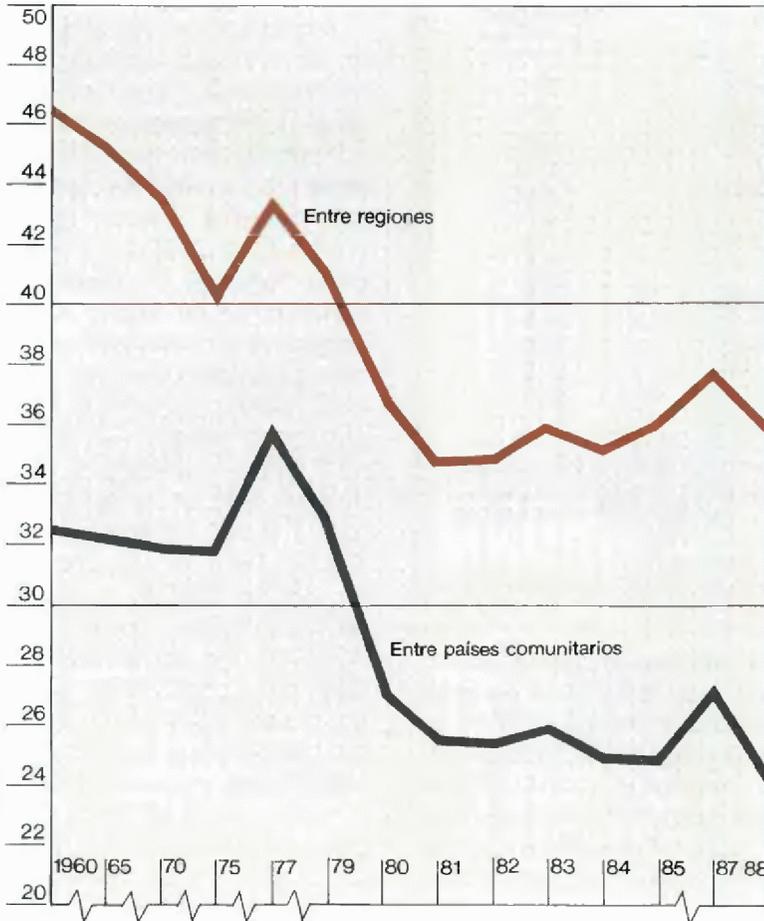
por la emigración desde las regiones más pobres a las más avanzadas dentro de la CE, y, en algunos casos (Italia, Francia, España), dentro de un mismo país. En este sentido, hay que afirmar, pues, que los movimientos interregionales de población actuaron como un factor igualador de primer orden a lo largo de los años sesenta y durante la primera mitad de los setenta. La emigración de una parte importante de la población de las regiones más pobres tendió a incrementar su producto por habitante, al menos nominalmente, mientras que el de las zonas de destino de las migraciones tendió a descender en términos relativos, sobre todo en aquellos casos en los que la inmigración fue particularmente fuerte. Es difícil especificar cuál de estas dos tendencias vinculadas a la migración contribuyó más a la convergencia en los

años cincuenta y sesenta, pero posiblemente fuera la segunda la que tuvo mayores efectos en los casos en que los flujos migratorios fueron a la vez intensos y básicamente de carácter interno (7).

A mediados de los años setenta, sin embargo, las disparidades interregionales dentro de la CE empezaron a aumentar. La crisis económica internacional que se desarrolló a partir de dichos momentos tuvo efectos muy importantes a nivel tanto nacional como regional. De hecho, a comienzos de la década de 1980 estaba ya en marcha una relativa estabilización de las diferencias interregionales, y las disparidades (siempre en términos de PIB por habitante y paridad de poder de compra) aumentaron incluso ligeramente entre 1983 y 1987. A ello contribuyó en alguna medida el descenso de los grandes flujos migratorios entre los países de la CE, y también en el interior de algunos países comunitarios, donde las migraciones interregionales prácticamente se interrumpieron, e incluso hubo retornos de antiguos emigrantes a sus regiones de origen. Pero, mediados los años ochenta, también influyó en la detención del proceso de convergencia la desaceleración del crecimiento y el aumento del desempleo en la mayoría de los países avanzados de Europa. Ya en 1985 el Sur de Europa (Portugal, Grecia, España, Italia), que también acusó fuertemente la crisis, crecía más deprisa que el Norte (Alemania, Francia, Bélgica, Países Bajos); y entre 1985 y 1990, por ejemplo, España registró las tasas de crecimiento anual más altas de la Comunidad, con un máximo de, aproximadamente, el 5,5 por 100 en 1987, en términos reales.

**GRAFICO 1
DISPARIDADES ENTRE PAISES
Y ENTRE REGIONES EN LA CE
1960-1988**

Desviación típica ponderada
(en porcentaje del promedio)



Fuente: Elaboración propia. Base de datos en paridad de poder adquisitivo y ecu (Netherlands Economic Institute).

Desde el punto de vista de las diferencias nacionales en el seno de la CE, el crecimiento del PIB por habitante en varios de los países comunitarios más avanzados (Reino Unido, Francia, Bélgica, Países Bajos) fue inferior al promedio obtenido en los últimos años sesenta y hasta mediados de los setenta. Al mismo tiempo, los países menos desarrollados de la Comunidad registraban ta-

sas de crecimiento mayores, aunque con notables aumentos de su población. La convergencia observada entre países durante dicho período fue el resultado final de estas diferencias.

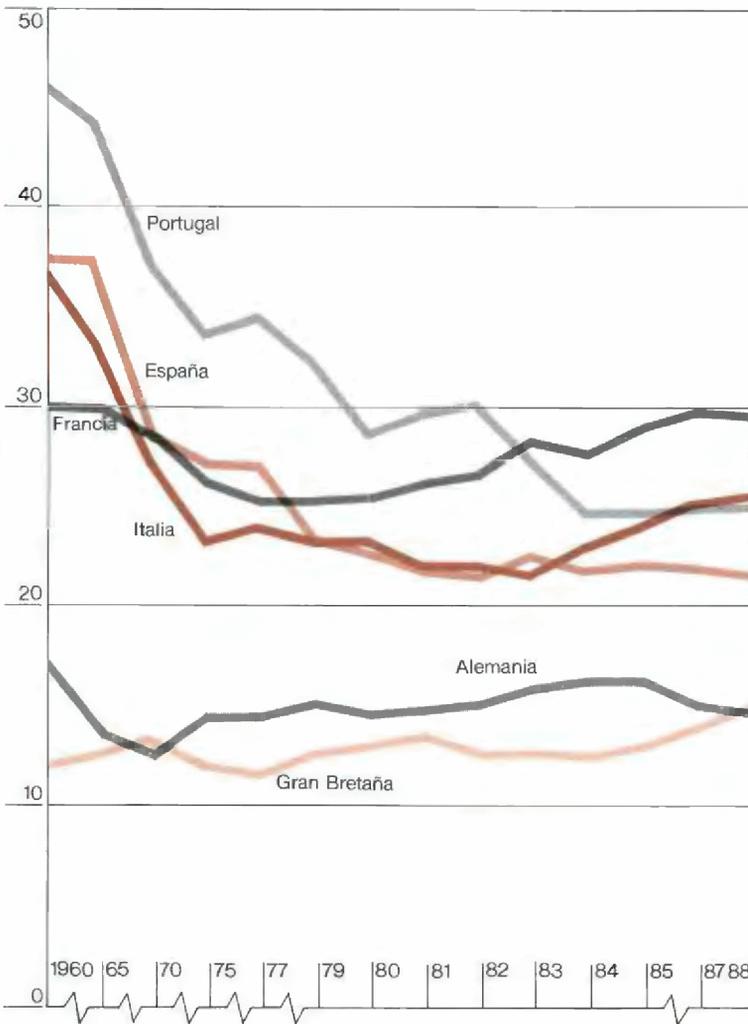
La crisis económica de mediados de los setenta afectó, si bien con distinta intensidad, a todos los países europeos, acentuando las divergencias a lo largo de los

primeros ochenta. A mediados de los ochenta, sin embargo, un crecimiento más acelerado en los países menos desarrollados de la CE, y más lento en los más avanzados, reinstauró la convergencia (gráfico 2), aunque en varios países las diferencias interregionales aumentan ligeramente en esta fase final de la década (Francia, Gran Bretaña e Italia, por ejemplo). Conviene señalar que a estos contrastes dinámicos entre el «Norte» y el «Sur», más que a ningún otro factor, es a lo que hay que atribuir la reducción de las disparidades intracomunitarias (8).

En Estados Unidos, los diferenciales de crecimiento regional entre el *centro* (el nordeste) y la *periferia* (el *Sunbelt*) determinaron una prolongada tendencia convergente entre los estados en términos de PIB por habitante (9) (cuadro n.º 3). Como en el caso europeo, en Estados Unidos la experiencia posbélica de reducción de las disparidades interregionales se vio considerablemente favorecida por una escisión Norte-Sur que propició un crecimiento más rápido en el «Sur», mientras el «Norte» perdía impulso, pasando por varios períodos de virtual estancamiento. En el caso estadounidense, sin embargo, las fuerzas del mercado actuaron con menos trabas que en Europa Occidental, y la movilidad interregional de la población fue también mucho mayor que la europea. La ausencia de obstáculos fronterizos a los flujos comerciales y migratorios entre los estados americanos coadyuvó también al proceso, a diferencia de lo que sucedía en Europa. Todavía hoy, por ejemplo, se tarda casi el doble en transportar mercancías por tierra desde Amberes hasta Roma que entre dis-

GRAFICO 2
EVOLUCION DE LAS DISPARIDADES REGIONALES
DE RENTA (PIB POR HABITANTE)
EN ALGUNOS PAISES COMUNITARIOS
1960-1988

Desviación estándar ponderada
(en porcentaje de la media)



Fuente: Elaboración propia. Base de datos NEI.

tancias similares dentro de Estados Unidos.

Las repercusiones del desarrollo infraestructural de la periferia (*Sunbelt*) a lo largo de varias décadas han sido muy importan-

tes en el caso estadounidense. Una vasta red intercontinental de autopistas (el *Interstate Highway System*), el acceso a las redes de comunicaciones más avanzadas, incluso desde las zonas más apartadas, y la expansión de

las redes de aeropuertos y líneas aéreas contribuyeron notablemente a la redistribución espacial de la población y de la inversión. Desde el punto de vista institucional, un sistema federal descentralizado suministraba también a las regiones y a los estados una mayor autonomía para competir entre sí en la oferta y difusión de sus respectivas ventajas. Finalmente, la desregulación de muchas actividades a partir de los años sesenta contribuyó a reducir los costes de muchos servicios, acrecentando las ventajas de las regiones con bajos costes e impulsando una mayor competencia espacial.

Los principales beneficiarios del fenómeno del cambio de dirección o «giro» regional en Estados Unidos han sido los mayores estados de la periferia, como California, Texas y Florida, que hace apenas setenta años estaban aún escasamente colonizados. El crecimiento de los servicios en la economía posbélica estadounidense y la aparición, en el Sur y en el Oeste, de nuevas ciudades policéntricas basadas en el transporte privado (automóvil) ocasionaron una redistribución masiva de la población hacia dichas regiones. Al mismo tiempo, el desarrollo y mejora de las infraestructuras y del capital humano en esas zonas facilitó que aparecieran en ellas nuevas tecnologías e industrias. El auge de los nuevos sectores de alta tecnología en esos estados del *Sunbelt* ha sido autóctono (y endógeno, en algunos casos), con muy pocos vínculos con el centro industrial tradicional.

En el contexto europeo, las ventajas de unos bajos costes, el capital humano disponible y, en algunos casos también, el desarrollo infraestructural, parecen haber contribuido a que las re-

CUADRO N.º 3

DIFERENCIALES REGIONALES DE RENTA EN ESTADOS UNIDOS, 1900-1987 (*)

Año	Renta por habitante, desviación típica (*)	Ratio decilas superior/inferior	Coefficiente de Gini
1900	0,435	4,18	0,228
1920	0,288	3,17	0,186
1930	0,328	3,89	0,218
1940	0,311	2,91	0,184
1950	0,203	2,00	0,114
1960	0,180	1,84	0,105
1970	0,146	1,64	0,085
1980	0,123	1,51	0,066
1987	0,151	1,64	0,081

(*) Normalizada haciendo la renta media por habitante = 100 en el año correspondiente. Todas las estimaciones se refieren a los 48 estados continentales (excluidos Alaska y Hawai).

Fuente: Boltho (1989), U. S. Department of Commerce (varios años), Kuznets y Swaine (1957).

giones calificadas como objetivo 1 dentro de la política regional de la CE hayan crecido a un ritmo próximo al promedio de la Comunidad durante los años ochenta. Algunas regiones de este grupo han avanzado incluso más deprisa que el promedio comunitario, en términos de PIB por habitante. En España, por ejemplo, Andalucía, Valencia, Castilla y León, Extremadura, Galicia, Murcia y las Islas Canarias registraron tasas de crecimiento del PIB sensiblemente superiores al promedio comunitario. También en Irlanda, Italia, Grecia y Portugal ha habido regiones del bloque de las calificadas como objetivo 1 con tasas de crecimiento del PIB superiores al promedio de la CE, al mismo tiempo que registraban cierto aumento de población. En cambio, otras regiones de Francia e Italia comprendidas dentro del objetivo 1 han quedado por debajo de la media de la Comunidad.

En las antiguas regiones industriales de la Comunidad Europea, las tasas de crecimiento (en PIB por habitante) han sido generalmente inferiores al promedio.

Hay que señalar, sin embargo, que entre las regiones de este grupo se encuentran diferencias muy significativas. Varias de ellas, en Francia, Bélgica y España, han quedado bastante por debajo del promedio comunitario, al tiempo que otras del Reino Unido, Alemania y Bélgica registraban un crecimiento próximo o ligeramente superior al promedio. Entre las restantes regiones de la CE figuran algunas de las más dinámicas, entre ellas las que encabezan los procesos de cambio de dirección regional en varios países, en el Sur de Alemania (Baviera, Baden-Watemberg), el Sur de Inglaterra, Italia (Lombardía y el centro-Este), Rhône-Alpes y el Sudeste de Francia, y, en España, a lo largo del litoral mediterráneo, en el Valle del Ebro y las Islas Baleares (10).

Los anteriores análisis, en los que no queremos entrar aquí con detalle, se confirman asimismo bastante bien cuando lo que se considera es el PIB por persona empleada, un indicador común de la productividad. Las regiones menos desarrolladas de la Comunidad Europea registraron un

sensible aumento de este índice respecto del promedio comunitario —reflejo de unas mejoras de la productividad que son congruentes con la expansión económica que ha tenido lugar en la década de 1980— y un ligero sesgo alcista en algunas zonas, producido por un aumento del desempleo. En las regiones industriales más antiguas, se aprecian escasas diferencias entre las variaciones de este índice y el PIB por habitante, aunque hubo aumentos de la productividad superiores al promedio como resultado de los ajustes en curso en los sectores industriales, con la excepción de varias regiones de vieja industrialización de Francia (p. ej.: Nord-pas-de-Calais), Gran Bretaña (South Yorkshire, Strachclyde) y Alemania (Nord Rhein, Westfalia), con fuertes problemas de desindustrialización.

Así pues, la nueva dinámica regional europea presenta diferencias sustanciales en cuanto a los resultados, y un nuevo mapa del crecimiento regional que es totalmente distinto del de hace un par de décadas. Dentro de la Europa continental, las nuevas áreas de crecimiento se encuentran a partir del Sur de Alemania, pasando por las regiones del Norte de Italia y enlazando ya con algunas zonas muy dinámicas del Oeste y Sur de Francia y de la España mediterránea. Esta bisección de la Europa Occidental continental es muy diferente de la que todavía podía observarse en los años setenta, cuando las zonas europeas más dinámicas se ubicaban en el interior de cada territorio nacional y bastante lejos de la posibilidad de forjar eslabones continentales.

El paralelismo en cuanto al cambio de dirección o «giro» regional entre Estados Unidos, durante todo el período de la pos-

guerra, y Europa, desde la década de 1970, merecen una reflexión sobre sus efectos en las disparidades interregionales. Una cuestión importante en relación con ambas experiencias, la estadounidense y la eurocomunitaria, es la de si la redistribución espacial de la población mediante los movimientos migratorios es esencial para reducir las diferencias interregionales, o si basta con que las economías del «Sur» (es decir, las regiones menos desarrolladas o periféricas) crezcan más deprisa que las del «Norte» (asignando este término a las regiones avanzadas). La experiencia de Estados Unidos no lo aclara porque allí las migraciones interregionales han sido intensas y la movilidad espacial de la mano de obra es muy elevada en comparación con lo que sucede en Europa. Y tampoco se esclarece la cuestión atendiendo a la experiencia de la CE, porque las diferencias interregionales europeas han tendido a estabilizarse a lo largo de los años ochenta, a la vez que se reducía sustancialmente la migración de mano de obra en sentido Norte-Sur y dentro de los países menos desarrollados del Sur del continente.

EL GIRO Y CAMBIO DE DIRECCION REGIONAL, LA EQUIDAD Y LA INTEGRACION ECONOMICA SUPRANACIONAL

La reducción progresiva de las disparidades interregionales a lo largo de la década de 1990 y más adelante, en Europa y Estados Unidos, dependerá seguramente de la *profundización* y *extensión* de los procesos de cambio de dirección regional (*regional inversion*) a los que nos venimos

refiriendo en este artículo. Aunque en relación con estos procesos se plantean interrogantes que aún no tienen una clara respuesta, según hemos visto en los análisis precedentes de las disparidades europeas y estadounidenses, consideramos que, de todos modos, siguen siendo el medio más esperanzador para impulsar el logro de una mayor equidad interregional.

Varias preguntas surgen de inmediato: ¿Cuáles son las fuerzas más profundas que provocan y sostienen el proceso de sustitución regional, y cómo se entenderían y apoyarían mejor los procesos de este tipo a medida que avance la integración económica? ¿Existe una pauta previsible en cuanto al camino que deberán recorrer las regiones pobres para reducir sus disparidades con las regiones avanzadas? ¿Cómo identificar los factores endógenos que, desde dentro de las regiones pobres, pueden ser determinantes para reducir las disparidades a largo plazo?

El fenómeno de la sustitución, es decir, lo que nosotros hemos calificado aquí como «cambio de dirección» o «giro» regional, presenta varias características que hasta ahora han sido comunes a los casos que tuvieron mayor éxito. Una es, indudablemente, la ventaja que suponen los bajos costes (de producción y de la mano de obra) de ciertas zonas dentro de las áreas menos desarrolladas, respaldada por el acceso a unas infraestructuras de comunicaciones aceptables, si es que no avanzadas (11). En relación con esto último, hay que subrayar que siempre ha sido muy importante el acceso al transporte internacional (puertos, carreteras, aeropuertos), que ha ofrecido la posibilidad de evitar

o de puentear totalmente, en caso necesario, las regiones del núcleo nacional y sus estructuras a medida que la región periférica avanzaba.

En algunos casos, es posible que el mercado interior —es decir, el del propio país— no sea la principal fuerza impulsora del «giro» o cambio de dirección regional. La atención a dicho mercado la desempeñan ya (y muchas veces la controlan) las zonas del núcleo nacional más desarrollado, normalmente en condiciones más ventajosas, ya que abarcan y concentran los mercados mayores y más ricos, y esa ventaja (menores costes de transacción, importante acumulación de capital humano, economías de aglomeración relevantes, localización en el mercado) puede muy bien compensar los beneficios que brindan las regiones periféricas. En este sentido, las posibilidades de *by-pass* que ofrecen las infraestructuras y las comunicaciones internacionales son sumamente importantes, sobre todo si las regiones periféricas son competitivas en el plano internacional, a escala mundial o continental. Desde el punto de vista de la integración económica, pues, la proximidad o el acceso a los grandes mercados continentales y ricos puede, y suele, constituir una ventaja muy sustancial.

Otra característica muy relevante a los efectos que estamos comentando es la de que ciertos sectores y actividades de las regiones periféricas, pero potencialmente más dinámicas, tienden a verse muy favorecidos por el capital doméstico o extranjero, o por ambos. Con ello se pone en marcha una dinámica que tiende a autorreforzarse y que a largo plazo deberá ser apoyada y extendida a nuevas actividades y

sectores en las regiones periféricas para que el proceso de «giro regional» progrese. El desarrollo de instituciones de capital financiero en las regiones periféricas será también necesario si se quiere que compitan con las regiones «centrales» tradicionales dentro del territorio nacional. En este aspecto, la experiencia muestra que puede ser muy útil la creación de fondos de desarrollo de carácter público o privado, sobre todo en las fases iniciales. También puede ser conveniente instaurar mecanismos de financiación innovadores o no convencionales, tales como la cesión y oferta de terrenos locales, la dotación de infraestructuras y servicios especializados a cambio de capital de inversión, y la puesta en marcha de actividades de apoyo horizontal a las industrias de tamaño medio y pequeño (servicios avanzados, tecnología, conocimiento de mercados, formación, diseño, etc.). La integración podría, sin duda, obstaculizar algunas de estas posibilidades si ello supone, por ejemplo, que se aplique rígidamente a todas las regiones y países una reglamentación uniforme en materia de mercados de capitales, instituciones y otros mecanismos.

Una tercera característica es el establecimiento de sucursales de empresas de la o las regiones «centrales» en las regiones periféricas dinámicas, o el traslado a esas zonas de las sedes centrales de algunas compañías, en ciertos sectores o actividades. Con el tiempo, dependiendo de las ventajas y de los mercados interiores y exteriores, podrá ocurrir que empresas surgidas de manera endógena en las regiones periféricas puedan llegar a constituir organizaciones de primer rango, que compitan con empresas similares de la región nuclear e in-

cluso adquieran la propiedad de éstas. Esta dinámica de las empresas es un componente central del «giro» o cambio de dirección regional, y su competitividad, sobre todo en los mercados internacionales, es *esencial* para el éxito del proceso. Con la integración económica, esta clase de empresas puede llegar a tener una clara proyección continental.

En cuarto lugar, la dinámica del cambio de dirección regional puede originar migraciones de mano de obra desde las áreas «centrales» hacia algunas de las que antes eran periféricas si, con el paso del tiempo, la economía del núcleo central decae y las diferencias salariales o de coste de vida empiezan a favorecer a la periferia. Al respecto, las características de los programas de transferencias o de seguridad social pueden ser determinantes, sobre todo si las ayudas y subsidios se aplican de manera uniforme al núcleo y a la periferia. La integración económica puede facilitar esta posible migración de la mano de obra, o al menos de algunos segmentos profesionales. Sobre todo dentro del territorio de un país, aunque las diferencias socioculturales y lingüísticas pueden obstaculizar, hasta cierto punto, estos movimientos.

En quinto lugar, es necesario que los recursos de capital humano de una región periférica embarcada en un proceso de «giro» o cambio de dirección aumenten sustancialmente, en calidad y cantidad, durante un período bastante dilatado. Algo se podrá lograr mediante la llegada de la población cualificada procedente de otras zonas, pero mucho dependerá de la infraestructura educativa preexistente y de las inversiones que se realicen una vez iniciado el proceso de «inversión» o «giro regional». Para ello, puede

ser muy importante que la región periférica disponga de una mayor autonomía a la hora de ubicar y gestionar sus instituciones docentes de nivel superior y sus centros de investigación. No menos importancia tendrán las relaciones y enlaces que se articulen entre estas últimas instituciones y los sectores económicos más dinámicos de la región. Al mismo tiempo, puede ser muy provechosa la apertura a otras regiones continentales o a otros países extranjeros, en particular hacia aquellos en cuyos mercados se desea penetrar. La integración económica puede constituir un excelente apoyo en este sentido, especialmente si proporciona más recursos al alcance de las infraestructuras educativas de las regiones periféricas. También la movilidad del personal docente entre instituciones de distintos puntos y centros del continente puede ser muy importante para elevar los niveles de calidad, crear nuevos programas de estudios y lograr un mayor reconocimiento en el exterior. El ejemplo histórico de Estados Unidos y algunas experiencias eurocomunitarias recientes en este terreno apoyan claramente estas propuestas.

¿Significa todo esto reformular el concepto del crecimiento regional basado en las exportaciones? No, si se piensa que las exportaciones, aunque importantes, no son más que uno de los componentes de la dinámica de «inversión» de las tendencias regionales. También son vitales para dicho proceso los factores endógenos, macro y microeconómicos. Y, para que ese cambio de dirección regional avance durante períodos dilatados y se reduzcan las disparidades interregionales, es necesario que los componentes exógenos y endógenos actúen concertadamente.

te. Además, los procesos de «*regional inversion*» implican una redistribución espacial a largo plazo e importante de recursos, capital, poder político, población y capital humano, así como una variación de los valores culturales, a una escala y con una profundidad que no están previstas en las teorías del crecimiento regional existentes.

Por otra parte, la reducción de las disparidades interregionales a la que puede dar lugar el «giro regional» que estamos comentando se basa, asimismo, en ciertos procesos microeconómicos que determinan buena parte de la estabilidad y de las perspectivas a largo plazo del propio cambio de dirección regional. En este sentido, son extraordinariamente importantes la innovación y su divulgación en varios ámbitos: el tecnológico, el organizativo y el institucional (12). De particular relevancia son todas aquellas innovaciones que signifiquen acortar el espacio y el tiempo de forma sensible, o al menos inédita en el pasado. El acortamiento del espacio y del tiempo mediante la innovación ha estado en el centro del progreso humano a lo largo de toda la historia. La reducción del esfuerzo, el aumento de la productividad y de la eficiencia, y los parámetros temporales y espaciales que los hacen posibles, son decisivos para modificar (o invertir totalmente) una división espacial del trabajo que viene favoreciendo a las regiones nucleares o «centrales» frente a las que podemos considerar como periféricas. Por la misma razón, acortar el espacio y el tiempo mediante innovaciones surgidas en las propias regiones periféricas es decisivo para poder lograr la reducción a largo plazo de las disparidades interregionales.

Los «ambientes» o entornos innovadores (*milieux innovateurs*) situados en las regiones periféricas pueden estimular y reforzar la invención endógena (13). En el mejor de los casos, la innovación supone la aplicación de nuevas inversiones a las actividades económicas y organizativas, y no cabe duda de que las invenciones tienen un papel decisivo —a largo plazo— como fuente endógena de innovación (14).

Desde una perspectiva sectorial, los entornos o ambientes innovadores pueden servir para canalizar actividades inventivas hacia aquellas aplicaciones que sean más útiles en la industria, en los servicios y en la agricultura. También pueden ser muy importantes como nudos que contribuyan a articular las redes de innovación, de forma que la difusión de la innovación pueda producirse a través de ellas. Son utilísimos a medida que avanza la integración económica y aumentan la densidad, la escala y el alcance de dichas redes, y su función en relación con la captación de capital humano local para la innovación es esencial, pudiendo coadyuvar a atraer talentos y conocimientos de otras zonas; sobre todo, a medida que la integración económica implique la supresión de las fronteras y de otras barreras no estrictamente aduaneras, como de hecho se ha decidido en el caso del Acta Unica europea.

Si es posible generar una significativa concentración de industrias y servicios nuevos en la región periférica, incorporando los *milieux* innovadores locales, los efectos positivos a largo plazo pueden ser muy notables, como muestran algunos ejemplos en Italia y en Estados Unidos. Uno de los mayores beneficios de este tipo de encadenamiento puede

ser el aumento de la productividad debido a causas o factores de carácter esencialmente endógeno. La reducción de las disparidades interregionales de productividad constituye un componente fundamental de todo proceso de «inversión» de las tendencias regionales, a la vez que es una condición indispensable para el mantenimiento de la competitividad a medida que la integración económica avance (15).

Finalmente, dentro de los parámetros de un sistema federal, los procesos de «inversión» (o de cambio de dirección) regional y de integración económica permiten que se desarrolle una mayor *autonomía regional*, al posibilitar que puedan establecerse vínculos y acuerdos de nuevo cuño con otras zonas dentro del bloque de economías integradas. Esta mayor autonomía incrementa las posibilidades de evitar y/o de sobrepasar los anteriores límites políticos a los que debía sujetarse la región periférica con respecto a la autoridad central nacional, lo cual puede ser muy importante a medida que se desarrolla el proceso de «inversión» regional. Sobre todo, cuando una región periférica se haya visto sistemáticamente perjudicada por los mecanismos de asignación de los recursos públicos, que tendían a favorecer a las regiones centrales dentro del contexto nacional. En este sentido, como muestran algunos ejemplos europeos (R.F. Alemania, Italia, España), todas las estrategias que «abren» nuevos cauces externos a una región periférica (en lo político, lo económico y lo institucional) pueden ser muy eficaces para explotar sus ventajas comparativas dentro del área —mucho más amplia— del comercio continental.

El *by-pass* político que brindan la integración económica y el pro-

ceso de cambio de dirección al que nos venimos refiriendo es, además, un mecanismo generador de mayor flexibilidad. El hecho de poder actuar, a la vez, *dentro y fuera* de la jurisdicción de la autoridad central nacional puede servir, en primer lugar, para asegurarse una mayor dotación de recursos, pero permite asimismo tener un mayor grado de influencia en los organismos que manejan los flujos de recursos públicos dentro del bloque de los países o estados integrados. El acceso directo a los órganos políticos y administrativos del área económicamente integrada —por ejemplo, en la CE— puede potenciar también las posibles ventajas de la región periférica, si se consigue enlazarlas eficazmente con las estrategias y políticas comunitarias que pretenden favorecer la innovación, la productividad y las rentas, lo cual puede contribuir lógicamente a una progresiva reducción de las disparidades interregionales.

Confiamos en que esta breve exploración del tema estimule a otros autores a analizar la relación que a largo plazo creemos que existe entre las disparidades interregionales y los procesos de «inversión» o de cambio de dirección regional. Es mucho lo que queda por hacer, y la innegable complejidad de este tipo de investigación la convierte —sin duda— en una tarea difícil, pero que puede ser muy remuneradora.

NOTAS

(*) Una primera versión en inglés del presente texto ha sido presentada en una de las sesiones plenarias del IV Congreso Mundial de la *Regional Science Association International* (Palma, 26-29 mayo 1992). El artículo mantiene el carácter sintético y provocativo del original.

(1) La integración europea ha sido objeto de muchos más estudios que la de Estados Unidos, en buena parte por haber sido planificada de antemano. Véanse, por ejemplo, GREENWAY *et al.* (1989) sobre Estados Unidos, y PINDER (1991), QUEVIT (1991), BRAGA DE MACEDO Y BLISS (1990), PESCHEL (1990), BEGG (1989), NIJKAMP (1989), WISTRICH (1989), ILLERIS (1989) y ROBSON (1987) sobre Europa. Análisis más específicos del caso europeo son el de YANNOPOULOS (1989), sobre el Sur de Europa, y el de CAPPELLIN (1991), sobre las empresas pequeñas y medianas.

(2) El caso de las regiones del *Sunbelt* de los Estados Unidos es el que ha dado hasta ahora un ejemplo más claro del giro o cambio de dirección regional a largo plazo. Véanse, por ejemplo, BERRY (1991), CHINITZ (1986) y SUÁREZ-VILLA (1989, 1992b).

(3) Quizá sea en Asia Oriental donde pueden encontrarse los ejemplos nacionales más interesantes de esta dinámica. Véase SUÁREZ-VILLA y HAN (1990, 1991) para una perspectiva sectorial (la industria electrónica) del caso coreano. ROSENBERG y BIRDZELL (1987) ofrecen un amplio panorama histórico del auge de las economías occidentales que enlaza con este punto. También los estudios sobre la transformación regional en Europa han iluminado aspectos de esta dinámica; véanse, por ejemplo, ALBRECHTS (1991) y HALL (1991). HANSEN (1988) da una perspectiva general de la división internacional del trabajo que puede también ponerse en relación con este punto.

(4) Véanse, por ejemplo, NORTON (1990) y SUÁREZ-VILLA (1992b).

(5) También es difícil extrapolar al proceso de integración económica los resultados de anteriores estudios empíricos sobre las disparidades. Véase, por ejemplo, WILLIAMSON (1965);

muy interesantes para este debate son las ampliaciones más recientes del trabajo de WILLIAMSON (1977, 1986). La aportación de RICHARDSON (1973) a la teoría del crecimiento regional puede ayudar a enmarcar algunos de los argumentos relativos a la dinámica del crecimiento.

(6) Para una revisión de las iniciativas públicas al respecto, véanse CAMAGNI (1991a, 1991b) y GEORGE (1991). Repasos anteriores del caso europeo con ideas sobre muchos aspectos de interés, entre ellos la evolución de los mecanismos de actuación pública, son MOLLE, VAN HOLST y SMIT (1979), PADOA-SCHIOPPA (1987), SUTHERLAND (1986) y CUADRADO ROURA (1982). También son muy útiles los datos de EUROSTAT (1983, varios años).

(7) A este respecto, el caso de España es muy interesante. Véanse SUÁREZ-VILLA y CUADRADO ROURA (1992), CUADRADO ROURA (1988, 1991), y CUADRADO ROURA *et al.* (1991).

(8) Las transformaciones sectoriales explican también bastantes de las disparidades observadas a finales de los años setenta y durante los ochenta. Véanse, por ejemplo, GAUDEMAR y PRUD'HOMME (1991), CHESHIRE (1991), DAVELAAR y NIJKAMP (1990), RÍO y CUADRADO ROURA (1989), MOLLE y KLAASSEN (1983).

(9) Los estudios históricos de las diferencias interregionales en Estados Unidos han suministrado muchos datos sobre el proceso de «giro» y cambio de dirección regional (*regional inversion*). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que muchas zonas del Oeste y Sudoeste de Estados Unidos no fueron colonizadas hasta la segunda mitad del siglo XIX. Véanse BÖLTHO (1989), BETSON y HAVEMAN (1984) y EASTERLIN (1971).

(10) En relación con el caso español véase SUÁREZ-VILLA y CUADRADO ROURA (1992), y CUADRADO (1988 y 1991).

(11) El papel de las infraestructuras y del acceso a sus redes ha sido desatendido, pero es decisivo en los procesos de «giro» o cambio regional (*regional inversion*). Véase SUÁREZ-VILLA *et al.* (1992).

(12) Véanse SWEENEY (1987), MEYER-KRAHMER (1985) y SUÁREZ-VILLA (1991).

(13) Véanse AYDALOT (1986), AYDALOT y

KEEBLE (1988), CUADRADO ROURA (1989), HANSEN (1990) y LECOQ y MAILLAT (1990).

(14) La distinción entre invención e innovación ha pasado inadvertida en gran parte de los estudios sobre el tema regional; y no sólo eso, sino que ha habido una desatención poco menos que absoluta sobre los efectos de la invención sobre las transformaciones nacionales y regionales a largo plazo, y su relación con el proceso de «giro» y cambio de dirección regional. Véase SUÁREZ-VILLA (1990, 1992a).

(15) La experiencia estadounidense presenta algunas tendencias interesantes, a este respecto, a nivel nacional. Véanse BAUMOL *et al.* (1989), PORTER (1989) y BAUMOL y McLENNAN (1985). Hay un análisis europeo de las tendencias históricas de la productividad en MADDISON (1982), que incluye comparaciones nacionales con las experiencias estadounidense y japonesa.

REFERENCIAS

- ALBRECHTS, L. (1991), «Shifts in Europe and their impact on the European spatial structure», ponencia presentada al congreso «An Enlarged Europe: Regions in Competition», Porto Carras (Grecia).
- AYDALOT, P. (comp.) (1986), *Milieux innovateurs en Europe*, GREMI, París.
- , y KEEBLE, D. (1988), *High technology industry and innovative environments: The European experience*, Routledge, Londres.
- BAUMOL, W., y McLENNAN, K. (1985), *Productivity growth and US competitiveness*, Oxford University Press, Nueva York.
- , BLACKMAN, S. A. B., y WOLFF, E. N. (1989), *Productivity and American leadership: The long view*, MIT Press, Cambridge.
- BEGG, I. (1989), «European integration and regional policy», *Oxford Review of Economic Policy*, 5, págs. 90-104.
- BERRY, B. J. L. (1991), *Long-wave rhythms in economic development and political behavior*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- BETSON, D., y HAVEMAN, R. (1984), «The role of income transfers in reducing inequality between and within regions», en M. MOON (comp.), *Economic transfers in the United States*, NBER and University of Chicago Press, Chicago.
- BOLTHO, A. (1989), «European and United States regional differentials: A note», *Oxford Review of Economic Policy*, 5, págs. 105-115.
- BRAGA DE MACEDO, J., y BLISS, C. (comps.) (1990), *Union with diversity in the European economy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- CAMAGNI, R. (1991a), «Interregional disparities in the European Community: Structure and performance of Objective One regions in the 1980s», ponencia presentada en las North American Meetings de la Regional Science Association International, Nueva Orleans.
- (comp.) (1991b), *Development prospects of the Community's lagging regions and the socioeconomic consequences of the completion of the internal market*, GREMI, Milán.
- CAPPELLIN, R. (1991), «The European internal market and the internationalization of small and medium size enterprises», en D. E. BOYCE, P. NIJKAMP y D. SHEFER (comps.), *Regional science: Retrospect and prospect*, Springer Verlag, Berlín.
- CHESHIRE, P. C. (1991), «Problems of regional transformation and deindustrialization in the European Community», en L. RODWIN y H. SAZANAMI (comps.), *Industrial change and regional economic transformation: The experience of Western Europe*, Harper Collins Academic, Londres.
- CHINITZ, B. (1986), «The regional transformation of the American economy», *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 76, páginas 300-303.
- CUADRADO ROURA, J. R. (1982), «Regional economic disparities: An approach and some reflections on the Spanish case», *Papers of the Regional Science Association*, 49, páginas 113-129.
- (1988), «La crisis económica y la redefinición del mapa económico-regional español», en J. L. GARCÍA DELGADO (comp.), *España: Economía*, Espasa-Calpe, Madrid.
- (1989), «Facteurs de localisation industrielle: nouvelles tendances», *Revue d'Economie Régionale et Urbaine*, 3, págs. 471-490.
- (1991), «Structural changes in the Spanish economy: Their regional effects», en L. RODWIN y H. SAZANAMI (comps.), *Industrial change and regional economic transformation: The experience of Western Europe*, Harper Collins Academic, Londres.
- , MYRO SÁNCHEZ, R.; YAGÜE GUILLEN, M. J.; MANCHA NAVARRO, T.; GANDOY JUSTÉ, R., y MELLA MÁRQUEZ, J. M. (1991), *El crecimiento regional español ante la integración europea*, Instituto de Estudios de Prospectiva, Madrid.
- DAVELAAR, E. J., y NIJKAMP, P. (1990), «Industrial innovation and spatial systems: The impact of producer services», en H. EWERS y J. ALLESCH (comps.), *Innovation and regional development*, DeGruyter, Amsterdam.
- EASTERLIN, R. A. (1971), «Regional income trends, 1840-1950», en R. W. FOGEL y S. L. ENGERMAN (comps.), *The reinterpretation of American economic history*, Harper and Row, Nueva York.
- EUROSTAT (1983), *Regional accounts*, EUROSTAT, Bruselas.
- (varios años), *Regions: Statistical yearbook*, EUROSTAT, Bruselas.
- GAUDEMAR, J. P., y PRUD'HOMME, R. (1991), «Spatial impacts of deindustrialization in France», en L. RODWIN y H. SAZANAMI (comps.), *Industrial change and regional economic transformation: The experience of Western Europe*, Harper Collins Academic, Londres.
- GEORGE, S. (1991), *Politics and policy in the European Community*, Oxford University Press, Nueva York.

- GREENWAY, D.; HYLAK, T., y THORNTON, R. J. (comps.) (1989), *Economic aspects of regional trading arrangements*, New York University Press, Nueva York.
- HALL, P. (1991), «Structural transformation in the regions of the United Kingdom», en L. RODWIN y H. SAZANAMI (comps.), *Industrial change and regional economic transformation: The experience of Western Europe*, Harper Collins Academic, Londres.
- HANSEN, N. M. (1988), «Regional consequences of structural changes in the national and international division of labor», *International Regional Science Review*, 11, págs. 121-136.
- (1990), «Innovative regional milieus, small firms, and regional development: Evidence from Mediterranean France», *Annals of Regional Science*, 24, págs. 107-123.
- ILLERIS, S. (1989), *Services and regions in Europe*, Gower, Aldershot.
- KUZNETS, S., y SWAINE, Thomas D. (comps.) (1957), *Population redistribution and economic growth: United States, 1870-1950*, volumen 1, American Philosophical Society, Filadelfia.
- LECOQ, B., y MAILLAT, D. (1990), «La dynamique régionale en Méditerranée: Une approche en termes de milieu», *Revue d'Economie Régionale et Urbaine*, 4, págs. 543-557.
- MADDISON, A. (1982), *Phases of capitalist development*, Oxford University Press, Oxford.
- MEYER-KRAHMER, F. (1985), «Innovation behaviour and regional indigenous potential», *Regional Studies*, 19, págs. 523-534.
- MOLLE, W., y KLAASSEN, L. (1983), *Industrial mobility and migration in the European Community*, Gower, Aldershot.
- MOLLE, W.; VAN HOLST, B., y SMIT, H. (1979), *Regional disparity and economic development in the European Community*, Saxon House, Farnborough.
- NIJKAMP, P. (1989), «Spatial developments in the United States of Europe: Glorious victories or ignominious defeats?», *Papers of the Regional Science Association*, 69, págs. 1-22.
- NORTON, R. D. (1990), «Population growth and US regional futures», *Survey of Regional Literature*, 16, págs. 2-14.
- PADOA-SCHIOPPA, T. (1987), *Efficiency, stability and equity: A strategy for the evolution of the economic system of the European Community*, Oxford University Press, Oxford.
- PESCHEL, K. (1990), «Spatial effects of the completion of the European single market», *Built Environment*, 16, págs. 11-29.
- PINDER, J. (1991), *European Community: The building of an union*, Oxford University Press, Nueva York.
- PORTER, M. (1989), *The competitive advantage of nations*, Free Press, Nueva York.
- QUÉVIT, M. (comp.) (1991), *Regional development trajectories and the attainment of the European internal market*, GREMI, Louvain-la-Neuve.
- RICHARDSON, H. W. (1973), *Regional growth theory*, Wiley, Nueva York.
- RÍO, C. del, y CUADRADO ROURA, J. R. (1989), «Structural change and evolution of the service sector in the OECD», *Service Industries Journal*, 9, págs. 439-468.
- ROBSON, P. (1987), *The economics of international integration*, Allen and Unwin, Londres.
- ROSENBERG, N., y BIRDZELL, L. E. (1987), *How the West grew rich: The economic transformation of the industrial world*, Basic Books, Nueva York.
- SUÁREZ-VILLA, L. (1989), *The evolution of regional economies*, Praeger Publishers, Nueva York y Londres.
- (1990), «Invention, inventive learning, and innovative capacity», *Behavioral Science*, 35, págs. 290-310.
- (1991), «Regional evolution and entrepreneurship: Roles, eras and the space economy», *Entrepreneurship and Regional Development*, 4, págs. 335-347.
- (1992a), «The dynamics of regional invention and innovation: Innovative capacity and regional change in the twentieth century», *Geographical Analysis*, 24, de próxima aparición.
- (1992b), «Twentieth-century US regional and sectoral change in perspective», *Survey of Regional Literature*, 20, de próxima aparición.
- , y HAN, P.-H. (1990), «The rise of Korea's electronics industry: Technological change, growth, and territorial distribution», *Economic Geography*, 66, págs. 273-292.
- , y HAN, P.-H. (1991), «Organizations, space and capital in the development of Korea's electronics industry», *Regional Studies*, 25, págs. 327-343.
- y CUADRADO ROURA, J. R. (1992), «Thirty years of Spanish regional change: Interregional dynamics and sectoral transformation», *International Regional Science Review*, 15, de próxima aparición.
- ; GIAOITZI, M., y STRATIGEA, A. (1992), «Territorial and border barriers in information and communication networks: A conceptual exploration», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 83, de próxima aparición.
- SUTHERLAND, P. (1986), «Europe and the principle of convergence», *Regional Studies*, 20, págs. 371-377.
- SWEENEY, G. P. (1987), *Innovation, entrepreneurs and regional development*, Frances Pinter, Londres.
- U. S. DEPARTMENT OF COMMERCE (varios años), *Survey of Current Business*, Government Printing Office, Washington.
- WILLIAMSON, J. G. (1965), «Regional inequality and the process of national development: A description of the patterns», *Economic Development and Cultural Change*, 13, págs. 3-45.
- (1977), «Unbalanced growth, inequality, and regional development: Some lessons from US history», en V. L. ARNOLD (comp.), *Alternatives to confrontation: A national policy toward regional change*, Lexington Books, Lexington.
- (1986), «Is inequality inevitable under capitalism?», en P. L. BERGER (comp.), *Capitalism and equality in America: Modern capitalism*, University Press of America, Lanham.
- WISTRICH, E. (1989), *After 1992: The United States of Europe*, Routledge, Nueva York.
- YANNIPOULOS, G. N. (1989), *European integration and the Iberian economies*, MacMillan, Houndmills.